



Polifonía

¿Darwinismo social?¹

Samuel Pérez Attías

Diario *elPeriódico*

Mi colega Roberto Blum, profesor de la UFM, cerró su columna del sábado 7, refiriéndose a la idea del economista G. Clark, de que la pandemia del siglo XIV “podó a los individuos genética y culturalmente inferiores, abriendo el campo a generaciones de hombres y mujeres capaces de construir un futuro mejor y más esperanzador”.

Su artículo despertó mi curiosidad sobre el texto de Clark. El economista dedica un capítulo a conjugar el pensamiento Malthusiano y Darwiniano en un contexto social y económico en el cual los seres humanos enfrentaron la llamada peste negra del siglo XIV.

El metamensaje implícito tanto el ensayo de Clark como la columna de Blum, es que, si existe una selección natural, las pandemias serían una forma de filtrar a los más aptos para sobrevivir versus los más débiles. Es decir, la evolución de la especie y la sobrevivencia del más fuerte.

El peligro de esa metanarrativa, hoy en día, cae por su peso. Primero, porque dicho argumento se sostiene bajo la presunción de que quienes sobreviven una peste son únicamente quienes cuentan atributos genéticos y biológicos que les permiten sobrellevar el reto de salud, por sobre el resto, lo cual no es necesariamente cierto. Segundo, porque no toma en cuenta que los seres humanos hemos

1. Publicado el 18 de marzo de 2020. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/2020/03/18/darwinismo-social/>



aprendido a dominar enfermedades protegiendo por igual aún a las personas más vulnerables por sobre las menos.

Y tercero, porque también hemos aprendido que la vulnerabilidad de una persona no está únicamente determinada por sus genes sino por una serie de factores externos y contextos socioeconómicos, algunos involuntariamente heredados que no implican, consecuentemente, que quien los posea sea genéticamente “superior”. Esos factores desde una perspectiva social no son nada más que privilegios heredados. El contexto en el cual esos privilegios han sido distribuidos sí importa, pues están alejados de ser la consecuencia de un proceso de discriminación entre humanos por atributos genéticos.

Así las cosas, usando datos de la última epidemia SARS, observamos que más del 50 por ciento de las muertes reportadas fueron de personas mayores de 65 años. Que alguien tenga esa edad no implica que su condición en la sociedad sea “parasitaria”. Las capacidades intelectuales y físicas hoy por hoy permiten a personas mayores de 65 años ser tan o más productivas que un joven de 20. Los datos también presentan la existencia de una correlación negativa entre los ingresos de las personas y las tasas de mortalidad en menores de 65 años. A mayores ingresos menor morbilidad. Las personas con más ingresos tuvieron menos chances de morir por la epidemia. El acceso desigual a medicinas, tratamientos, servicios de salud, y otros cuidados es determinante.

La esperanza de vida para las personas mayores de 50 años, más ricas en EE. UU. es de 88 años de edad, mientras que las más pobres en promedio vivirán solo hasta los 76 años de edad. Los más ricos sobreviven, los más pobres mueren antes. Esto sugiere que en un marco de libertad individual y bajo el supuesto de que todas las personas enfrentamos iguales vicisitudes, el hecho de que algunas tengan más ingresos que otras, hace que esa idea de “selección natural” se matice. El argumento allí será que quienes tienen más acceso a recursos o ingresos son quienes más se han esforzado, más han trabajado, ergo son individuos más fuertes y capaces que los que el sistema debe “podar”, por ineficientes.



La evidencia en Guatemala revela sorpresas para este argumento: De cien hombres que nacen en un hogar donde el padre es analfabeto, ni siquiera uno va a terminar la educación superior. Solo cuatro terminan la secundaria y 60 se mantendrán analfabetas reproduciendo el ciclo. Pero 95 de cada cien hombres que nacen en un hogar con padre con educación superior, contarán con título de secundaria o universitaria. Su acceso a educación depende más bien de la “suerte o mala suerte” de haber nacido en cierto contexto, no de sus atributos genéticos.

La forma en que las personas se han educado u ocupado puestos directivos no viene de un contexto de igualdad de condiciones para competir y alcanzar esas cualidades. Resulta que la población más educada la obtuvo por estructuras políticas, sociales y culturales que han facilitado esos privilegios a algunos sobre el tiempo. No fue su lucha, talento, capacidad y competencia individual como la evolución de las especies supone. El análisis individualista lo asume así, pero un análisis crítico toma en cuenta el entorno y otras circunstancias exógenas, incluyendo las históricas.

Es importante entonces, reflexionar sobre un sistema que permite a unos vivir más que a otros, vivir mejor que otros o sobrevivir ante pandemias a unos por sobre otros, no por mérito propio ni por selección natural sino por un sistema que privilegia a unos por sobre otros. La verdadera lucha por la sobrevivencia y prevalencia del más fuerte por sobre el débil se observaría si todas las personas nacieran en una suerte de tabula rasa y a partir de allí compitieran en igualdad. Eso no se da.

Si fuese la fuerza, la resiliencia ante los retos externos, las horas e intensidad de esfuerzo físico y/o a la capacidad de sobrevivir en entornos de opresión, discriminación, esclavitud y/o dominación, es casi seguro, que quienes hoy dominaran las decisiones políticas, económicas sociales en la mayoría de los contextos, no serían quienes actualmente las dominan.



Preparemos el terreno²

Édgar Gutiérrez

Diario *elPeriódico*

Este es un momento propicio para que el gobierno central incube un plan de reconstrucción con transformación socioeconómica. Desde luego que la prioridad es gestionar la pandemia del coronavirus, mitigando sus impactos en la salud y la economía. Especialistas en esos campos han estado muy atentos durante la última semana y han dado a conocer a través de los medios y las redes sociales sus indispensables propuestas, advertencias y críticas constructivas.

En el campo socioeconómico, hasta donde alcanzo a leer – más que leer, hay que estudiar– están esbozadas propuestas factibles y complementarias, como piezas de rompecabezas, una suerte de manejo de “economía de guerra” (así podríamos denominarla, dada la excepcionalidad de la crisis) de Juan Alberto Fuentes, Julio Héctor Estrada, Ricardo Barrientos, Edgar Balsells, Miguel Gutiérrez, María Antonieta de Bonilla, Hugo Maul, Erick Coyoy, Samuel Pérez Attias y José Miguel Ponciano (biólogo y matemático).

Sería valioso saber qué están pensando, por ejemplo, Gert Rosenthal, Richard Aitkenhead, Lizardo Sosa, Bernardo López, Evelyn Klusmann, Benjamín Son Turnil, Hugo Beteta, Tomás Rosada, Jonathan Menkos, Wilson Romero, Isaac Cohen, Rómulo Caballeros, Jorge Escoto, Federico Linares, Juan José Narciso, Carlos Enrique Mata, Alfredo Mirón, Fernando Bolaños, Julio Herrera, Luis Miguel Castillo, Mario López, Jorge García Granados, Carlos y Estuardo Porras, Edgar Ajcip, Eduardo González, Edin Barrientos, Fernando Peña y Ronald García, además de los centros universitarios y otros referentes académicos.

2. Publicado el 23 de marzo de 2020. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/2020/03/23/preparemos-el-terreno/>

Tendremos que diagnosticar en tiempo real los impactos de la crisis por actividad económica y por escala, y configurar poco a poco la dimensión y profundidad de los daños, buscando, a la vez, las nuevas oportunidades.

El conocimiento teórico aplicado es necesario para prediseñar la reconfiguración socioeconómica poscrisis, y debería de ser organizado como un cuerpo robusto, quizá a través de la secretaria de SEGEPLAN, Keila Gramajo, con la asistencia de expertos de MINFIN, MINECO, MINTRAB y la SIE, entre otros organismos, y bajo la dirección política del Presidente o Vicepresidente de la República.

No debemos esperar a que las ideas y conocimientos contagien espontáneamente. Es la oportunidad de edificar, digamos, la iglesia de Santa María del Mar (Barcelona, siglo XIV), es decir, una arquitectura socioeconómica con el esfuerzo de todos.

Pensemos la etapa de reconstrucción con transformación como un edificio de “interés social”. Requerimos: a) Voluntad, que se traduce en iniciativa y presencia del poder político, asegurando una base de conducción, garantía de compromiso y que la iniciativa se traducirá en el bien común, procurando el financiamiento inicial, b) Planificación, que se sustenta en el conocimiento especializado con el que ya contamos –científicos locales y “legionarios”–, que podemos reforzar con el de otros países cercanos y amigos, y c) Convocatoria dirigida, esto es, referentes de los grupos empresariales, cooperativistas, asociaciones locales, ONG, autoridades indígenas, o sea, quienes ven y conocen en terreno los impactos de la crisis.

La crisis nos dejará lecciones sobre las consecuencias de haber administrado, con devoción de aspirar a ser “más papista que el Papa” en materia monetarista, la macroeconomía dictada en 1990 (tasas de interés, tipos de cambio y fuentes de crédito) y los roles esenciales que ha claudicado el Estado. Y aquellos vicios que se multiplican como el coronavirus, es decir, las coimas de contratos corruptos, y la incompetencia de las empresas que disimulan su músculo económico sostenido en la captura del



Estado. Digo, hay empresarios que fuerzan medidas arancelarias y no arancelarias, incluyendo, para ser expansivo, operaciones de captura de Estado, en SAT, SIT, MINECO, MP y otras entidades. Si adquirimos consciencia sobre en qué consiste la trastienda del statu quo, creo que podremos estar mejor preparados para la próxima, no deseada, pandemia.

¿Parar para no morir o morir por parar?³

Phillip Chicola

Diario *elPeriódico*

En China, Corea del Sur y Alemania la ruta para contener el avance del COVID-19 parece estar clara: programas masivos de exámenes para rápida detección del virus y cuarentenas totales o parciales (ya sea por territorio, demografía, actividad). Sin embargo, estos tres países se encuentran entre los 15 más ricos del mundo y con sistemas de salud que se encuentran entre los primeros 30 a nivel global.

En cambio, en Guatemala, dado que el sistema de salud pública y la seguridad social han sido víctimas durante décadas del abandono y del saqueo, existen serias dudas sobre la capacidad del sistema de atender masivamente a cientos o miles de personas contagiadas con COVID-19. A modo de ejemplo, tenemos una tasa de 0.6 camas de hospital por cada 1,000 habitantes (la más baja de América Latina).

Ante este escenario, la medida más coherente era una cuarentena preventiva. Bajo un análisis comparado, Guatemala fue de

3. Publicado el 24 de marzo de 2020. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/2020/03/24/parar-para-no-morir-o-morir-por-parar/>

los países que implementó de forma más temprana medidas de limitación de eventos públicos, cierre de fronteras, suspensión de actividad económica y toque de queda, en relación con el número de días después de presentarse el primer caso. La lógica era clara: evitar la propagación y contagio del virus cuando los focos de contagio eran pocos y estaban relativamente bajo control.

Sin embargo, existe una segunda variable que complica el escenario: en Guatemala no tenemos el nivel de prosperidad de los países que han sido más exitosos en enfrentar la pandemia. A pesar del espíritu emprendedor, la baja competitividad sistémica provoca que muchas empresas -de todo tamaño y sector- operen con márgenes estrechos. Con un PIB per cápita (nominal) de \$4,500.00 y un 70% de la población en la informalidad, simplemente en Guatemala muchas personas viven y operan “al día”. Tampoco tenemos la fortaleza institucional, fiscal y financiera para hacer frente a los efectos económicos de la crisis.

He ahí el dilema sin respuesta de la crisis COVID-19: las carencias del sistema de salud obligan a parar y suspender la actividad económica para prevenir contagios masivos y evitar así una catastrófica saturación de los servicios médicos. No parar actividades es casi una sentencia de muerte para muchos. Pero, por otro lado, dada la fragilidad del escenario económico, suspender actividades -por unos días- puede llevar a cientos (o miles) de empresas a la quiebra, además de dejar a millones de personas -ya sea en la formalidad o informalidad- sin esa fuente de ingresos que les permite vivir al día. Para ellos, parar es morir.

De acuerdo con los modelos comparativos, el crecimiento exponencial en la tasa de contagios dentro de un país tiende a presentarse a partir del D+10 (el décimo día a partir del primer caso reportado). Para Guatemala ese margen temporal empezó a contar a partir de la presente semana. Por ello, la suspensión casi total de actividades decretado desde el 23 hasta el 31 de marzo, tiene todo el sentido.

El problema radica en que aún no está claro cuán extensa debe ser la suspensión de actividades para reducir la tasa de reproducción



del virus (R_0 en epidemiología) por debajo de 1 (lo que implica que por cada persona contagiada recuperado se contagia sólo una persona), factor que indica que los sistemas de salud ya no están bajo riesgo de colapso. En Corea del Sur, gracias a una cuarentena draconiana y al testeo extensivo, se logró reducir el R_0 del COVID-19 a un manejable 1.5; pero luego de un paro nacional de casi 60 días. Caso similar ocurre en China: tras dos meses de cuarentena, hasta ahora empieza a reducirse la tasa de contagio. Europa, Estados Unidos y América Latina apenas están al inicio de la cadena de suspensión, por lo que aún no hay datos sobre el tiempo requerido para detener la pandemia.

Ahí la pregunta del millón. ¿Aguantaría la economía guatemalteca una suspensión de actividades de 60 días? ¿Cuántas medianas, pequeñas y micro empresas, cuántos trabajadores por cuenta propia, cuántos profesionales o cuántas personas en la informalidad pueden sobrevivir un paro de dos meses? ¿A partir de qué momento se agudiza la disyuntiva entre “parar para no morir” o “morir por parar”?

Y sobre todo, al momento de presentarse esa disyuntiva ¿por cuál ruta terminarán optando las autoridades? Ese es el complejo dilema que se cierne sobre Guatemala en el corto plazo.

El Estado al rescate⁴

Adrián Zapata

Diario La Hora

En la crisis mundial del 2008, el Estado salvó a la banca, pero el neoliberalismo siguió más o menos campante. Ahora que se avecina una crisis planetaria que todos presagian próxima y mucho más grave que la ocurrida hace doce años, el Estado vuelve a estar en la palestra.

4. Publicado el 25 de marzo de 2020. Tomado de <https://lahora.gt/el-estado-al-rescate/>



Olaf Scholz, ministro de Finanzas alemán, ya ha anunciado que “el gobierno está preparado para tomar participación en las empresas para compensar el impacto del coronavirus”. Bruno Le Maire, ministro de Economía y Finanzas de Francia, se pronunció en similar sentido al decir que “está dispuesto a utilizar todos los medios a su alcance, incluida la nacionalización, para proteger a las empresas francesas amenazadas por la epidemia de coronavirus”. La Comisión Europea está en la misma sintonía, al “dar luz verde a los Estados miembros para salir al rescate de las empresas” (elEconomista.es; 20/03/2020; 11:08).

Como se observa, la crisis mundial del modelo capitalista neoliberal que debería dejar al desnudo la necesidad de reconsiderar el rumbo por el cual nos conduce ese capitalismo voraz, tanto a la sociedad como al planeta, ya está dando muestras de su capacidad de recomposición.

De nada sirve que esta pausa mundial muestre que es imposible mantener la burbuja de los privilegiados intacta, porque “el pueblo” los puede contagiar. Que la histeria clase mediera, con cierto fundamento, que demanda el aislamiento social para poder estar tranquilos en sus casas sin temor a ser contagiados, contraste con la necesidad de que en el campo se sigan produciendo alimentos para poder estar en dicha cuarentena (el 70% de los alimentos los produce la agricultura familiar en el mundo) y con la urgencia que tienen los que están en la economía informal (la mayoría de la población en nuestros países) de salir a las calles a ganarse diariamente el sustento familiar.

Unas semanas de ralentización de la economía depredadora ha bastado para tener las señales de lo que se puede lograr sin ese frenesí consumista basado en el adorado crecimiento económico al infinito.

Las crisis pueden ser la oportunidad para impulsar transformaciones trascendentales en el statu quo, en beneficio de la humanidad y la naturaleza, pero también puede ser la ventana por la cual se introduzca la capacidad de recomposición del capitalismo. No podemos ser ingenuos, el capitalismo tiene aún vida para largo.



Pero aun reconociendo esa realidad, y con sentido realista, habrá que intentar que esa recomposición se conduzca no por el rumbo de profundizar las visiones hasta ahora hegemónicas del neoliberalismo, aspirar a que se entienda el cáncer que significa la desigualdad, las limitaciones del crecimiento económico y de la productividad como los propósitos absolutos a seguir, el atroz efecto del consumismo, el cual se vuelve infinito, dada su insaciabilidad.

En fin, que se reconsidere el papel del Estado y se entienda el espejismo neoliberal que deificó el mercado. Que se comprenda que en la política internacional mundial debe prevalecer la solidaridad, no la competitividad; el multilateralismo, no el egoísta nacionalismo. Que lo que debe globalizarse son los intereses de los pueblos, no los de las empresas, particularmente del capital financiero.

Mientras tanto, en Guatemala, justo es reconocer la celeridad de las decisiones presidenciales para atender el inicio de esta crisis sanitaria. Pero triste es observar, en términos del abordaje de las consecuencias económicas de la crisis, su plegamiento a las angustias empresariales que no quieren dejar de ganar y que menos aún están dispuestos a que su capital disminuya. Giammattei seguirá diciendo Dios Bendiga Guatemala, agregando en voz baja: mientras yo protejo a los empresarios.

Laberinto de propuestas⁵

Edgar Balsells

Diario *elPeriódico*

Ha sido el colega y tocayo Edgar Gutiérrez quien sin duda me anima a escribir una columna de este corte, y es que sus comentarios del lunes pasado, bajo el título 'Preparemos el

5. Publicado el 25 de marzo de 2020. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/2020/03/25/laberinto-de-propuestas/>

terreno, en estos mismos espacios, anticipan que este es un momento propicio para que el gobierno central incubiera un plan de reconstrucción con transformación socioeconómica. Desde luego, dice el colega, que gestionar la pandemia del coronavirus, mitigando sus impactos en la salud y la economía es la prioridad.

Estoy de acuerdo que el conocimiento teórico aplicado es vital para prediseñar la configuración socioeconómica poscrisis, pero como bien sabemos la clase política y sus financistas no resultan ser grupos predispuestos a este tipo de ejercicios; y mi mayor temor es que se produzcan medidas de un corte decisionista, término éste muy usado por los expertos en el análisis político, cuando en las democracias que se encuentran atrapadas por sectores atrincherados en el disfrute de los resultados del esfuerzo colectivo, no sólo no cedan en lo más mínimo de sacrificios, sino le sigan trasladando al pueblo los grandes costes, no sólo de la crisis, sino de una eventual recuperación.

Muy bien lo dice Javier Flax, un doctor en Filosofía del Derecho de la Universidad de Buenos Aires, y quien se desempeña también como profesor de Ética en la Facultad de Ciencias Económicas de la misma, y como profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad Nacional de General Sarmiento: avanzar en la democratización de la democracia es el desafío de esta década, y la tarea supone luchar contra los intereses contrarios a las libertades iguales para todos y avanzar hacia una mayor equidad.

En Guatemala, en los inicios de la democracia, y ya un tanto avanzadita la misma, con los primeros vicios de su captura y el impulso de las reformas constitucionales, dizque para limpiarnos de la mugre politiquera que comenzó a corroer el sistema, se dictaron las primeras medidas de excepción, apelando a la emergencia. Una de ellas fue la introducción de una reforma al financiamiento del Banco de Guatemala al gobierno, prohibiéndolo; de lo que tomaron ventaja hasta hoy los bancos del sistema para prestarle al 'Big Brother', a tasas de interés de mercado, que se mueven acorde a la volatilidad y el riesgo país.

Hoy en día, por ejemplo, cuando el fisco prepara un cóctel de medidas, principalmente financiadas con bonos públicos, el precio en quetzales ha comenzado a bajar, movido tal vez por las motivaciones de salir de efectivo en quetzales y entrar en la disputa de bonos dolarizados a tasas interesantes, justo ahora cuando las notas del tesoro del gobierno de Estados Unidos están besando el suelo. Resulta ser que, olímpicamente, cuando el precio de tales instrumentos baja, sus rendimientos suben, representando toda una alquimia de ganancias privadas, a costa de las grandes necesidades del fisco. Y todo ello gracias a la susodicha reforma constitucional.

También, apelando a las aflicciones del coronavirus, se plantea dentro del laberinto de propuestas, la política pública de que cualquier banco fallido y mal manejado o no, que caiga en números rojos, simplemente reciba dinero del fisco y se le resucite como utilizando un respiradero tan útil ahora con la pandemia de actualidad. Mucho habría que reflexionar sobre esta medida que viene a ponerle la tapa al pomo al modelito que años atrás muy envalentonado pregonaba las ideas modernizadoras, y el dicho aquél que “todo el que quiebre que responda por sus hechos”. Muchos eventos han pasado desde aquellos tiempos, pero resulta hasta un poco jocoso que quienes inspiraron tales ideas a las que nunca auguramos mucho éxito, sean también hoy quienes reculan aprovechando siempre su influencia detrás de las altas poltronas.

Toda la razón tiene el tocayo Gutiérrez que “‘hemos sido más papistas que el Papa’”, y se ve bien que puedan abrazarse tiempos de discusión, que prevengan aplanadoras de corte decisionista, que terminarán por aniquilar peor que la peste del COVID-19 al entelerido Estado guatemalteco; cuya vergonzosa carta de presentación, resulta ser el alto nivel de pobreza y de almas vulnerables que, ya sea con esta crisis global, o en sucesivas, no vislumbra futuro certero.



Por fin y claramente: juntos pero no revueltos⁶

Virgilio Álvarez Aragón

Revista digital Gazeta

El COVID-19, con su microscópico tamaño y su casi infinita capacidad y velocidad de reproducción y consecuente infección, antes de permitir que la parca se lleve a cuanto adulto mayor se le ponga enfrente, ha venido a desnudar todas las fortalezas y vilezas de los seres humanos.

En todos los países y confines del mundo, los pobres, los que no tienen nada o casi nada, en las pocas semanas de confinamiento, han puesto todo lo que poseían para salvarse y salvar a sus congéneres. Exhaustos, luego de una o dos semanas de encierro, según el caso, empiezan a temer por su sobrevivencia futura. El virus ha venido para quedarse, y lo que las sociedades, a través de sus gobiernos, han venido haciendo es limitar los estragos humanitarios. Donde más solidarias sean sus medidas, menos daños sufrirá su población; donde prevalezca el interés particular de sus lumpen oligarquías, mayores serán los daños en el corto y largo plazo.

Guatemala no es la excepción. Alertado el Gobierno por los organismos internacionales del efecto devastador de la enfermedad, decidió salir a enfrentarla. A diferencia de sus admirados colegas presidentes Trump y Bolsonaro, Alejandro Giammattei no la calificó de una «gripe cualquiera», mucho menos afirmó, como ellos, que hablar de sus gigantescos daños era un intento más de la prensa y los comunistas por desestabilizarlos. El presidente se puso manos a la obra y diseñó un plan de contención que impidiera que el virus ingresara sin control y se esparciera por todos lados. Establecer férreos controles en aeropuertos y fronteras era indispensable. Suspender el ingreso de turistas, una cuestión vital.

6. Publicado el 26 de marzo de 2020. Tomado de <https://gazeta.gt/por-fin-y-claramente-juntos-pero-no-revueltos/>